

La chica de cabello dorado

Vivian Romero



Image not found.

Capítulo 1

La chica de cabello dorado

Yo me consideraba un chico apasionado, mamá siempre lo decía "Ese corazón tuyo corre como caballo salvaje: libre y sin freno", a lo que me reía pues más que un defecto lo veía como una bonita característica.

La forma en que veía al mundo era distinta a la de otros, me explico, tenía esta rara enfermedad que no me permitía ver los colores tan vivos como son, así que como mi vista igual no servía, llevaba gafas 3D a todos lados, le llamaba "la excentricidad del artista" pues mi mayor deseo era ser un gran pintor algún día, irónico ¿no lo creen?

Aquel incapaz de ver colores, es aquel que anhela vivir de ellos.

Y por si te lo preguntabas, sí, las personas me veían raro a todo donde iba, culpa de las gafas obviamente...

Pero que puedo decir, soy excéntrico, así nací, y así me gusta ser, el mundo era mi musa, y el lienzo, cada objeto que mis manos pudieran llenar de color.

Todos los días salía a caminar, buscando por inspiración en cualquier lugar, en las rosas, el café recién colado, la lluvia, en la luz del Sol, la fresca y verde grama, hasta que un día, conocí al Sol en persona, y su brillo conmovió a mis ojos y alma.

Así que empecé a ir al mismo café al que ella (el Sol) iba más seguido, y a quedarme horas contemplando su rostro mientras intentaba que mis trazos le hicieran justicia, era como si todo lo demás fuera blanco y negro pero su cabello, por alguna extraña razón era lo único a color.

Había escuchado a sus amigas llamarla Raquel, por fin había encontrado a la muchacha más linda de la provincia y no podía dejar ir ese bello rostro sin dibujarlo, así que continúe yendo todos los días para dibujarla, hasta que un día, por obra del destino, del universo o de la dichosa magia tal vez, su mirada se cruzó con la mía, sentí mis mejillas arder, y una Raquel valiente, o quizá atrevida se levantó y se acercó hasta mí, me preguntó por mis lentes.

—Son unas bonitas gafas esas que traes ahí, pero no estamos en el cine.

— ¿Segura? Tal vez lo estamos y no te has dado cuenta.

—No lo creo, soy bastante curiosa, ya lo habría notado.

—Quizá no lo suficiente curiosa, mira bien, el mundo es nuestro cine, —La bella chica delante de mi sonrío y no dudó en sentarse—. El escenario de todos los más grandes espectáculos.

—Vaya, nunca lo había visto así, entonces por eso llevas tus gafas.

—Fueron un regalo de papá, dijo que si mis ojos no podían ver el color, al menos podrían vestirse de ellos.

—Qué curioso detalle de parte de tu padre.

—Lo es, y tú ¿Qué historia tienes para contar?

—Quizá ninguna tan curiosa como la tuya.

—No te subestimes, estoy seguro de que eres grandiosa.

—Pues, esto que llevo amarrado a mi cuello, es de una vieja camisa de mi madre, le arranque un pedazo y me lo amarré, desde entonces lo llevo conmigo siempre.

—Tu madre se ha de haber molestado muchísimo, sé que la mía lo haría si hiciera algo así.

—Si lo hizo no tengo manera de saberlo. —La muchacha agachó su cabeza y entendí que se trataba de un apreciado recuerdo de su ya fallecida madre, me sonroje avergonzado.

—Lo siento, ¿Hace cuánto sucedió?

—Un año, el mismo tiempo que llevo con esto del cuello.

—Pues a mí me parece original.

—Gracias, es bueno oírlo del chico más cool que he conocido, ¿Qué es eso que dibujas?

—Esto, no es gran cosa, pequeños bocetos aquí y allá.

— ¿Podría verlos? —Asentí tendiéndole mi cuadernillo de bocetos, mi corazón latía a mil por hora, seguro lo tomaba a mal y dejaba de hablarme. —Vaya...

—Discúlpame, solo quise dibujarte, tal vez debí pedir permiso antes.

—No tienes que pedir disculpas, es lo más lindo que nadie jamás haya hecho por mí.

— ¿Lo es?

—Sí.

Y así pasamos horas y horas hablando, resulta que Raquel como yo, un artista también, deseaba ir a Nueva York y estudiar moda, llevaba consigo un pequeño cuadernillo donde como yo también solía dibujar, pero sus dibujos eran de mujeres altas y esbeltas portando cada traje que a su mente venía.

Ahí hablando con Raquel sentí aquello que mi buen amigo Paulo Coelho describía como el Aleph, un lugar aleatorio con las energías correctas, con la persona correcta y en el momento ¿no lo adivinan? CORRECTO.

Era como si todo brillará más, los sentimientos hablaran más fuerte, y alguna fuerza del más allá arrancará mis pies del suelo y me dejará viajar por las nubes, sueño cursi lo sé, pero si no me creen pregúntenle a Paulo, seguro que a él por los años y la sabiduría si le creen esto que les digo.

Me di cuenta de que por primera vez había visto la magia, y aunque no quise tocarla por miedo a que desapareciera (o a que Raquel rechazara hablarle al chico raro que iba a dibujarla), esta se acercó a mí, demostrándome que la magia en este mundo es posible, y que cuando menos lo imaginas, puede caminar hacia a ti por sus propios pies.

Pero ya he hablado suficiente sobre cómo me siento, continuemos con el centro de esta historia, Raquel...

Raquel, tenía el cabello más hermoso que alguna vez había visto, sus ojos también eran preciosos, una ventana al paraíso que todo hombre anhela conocer aunque sea una vez en su vida, pero no solo bella era Raquel, poseía un alma libre, ganas de vivir, de viajar y conocer los lugares más remotos, su corazón hacia sintonía con el mío, dos caballos salvajes dispuestos a correr sin freno por el mundo entero.

Que puedo decir, Raquel se había convertido en mi droga, y ya sé que las drogas son malas, y bla bla, pero si conocieran a alguien como ella, si siquiera llegarán a estar cerca de un ser como ella entonces entenderían porque me expreso de la forma en que lo hago.

Cada día la anhelaba más, cada día la necesitaba más, todos los bocetos que cubrían mi cuarto se transformaron en su rostro, en la tierna manera que sus ojos eran capaces de posarse sobre los míos, en lo cálida que era su mano cada vez que me regalaba una caricia, en las cascadas de oro que eran su cabello, sí, damas y caballeros, Raquel era un ángel, y más

que un ángel, un sueño.

El sueño del que jamás quisiera despertar, pero debía hacerlo, porque los sueños no podían ser eternos sino que nos lo digan Alicia y el Sombrerero, así que corrí y corrí huyendo del fin próximo a venir, el tan temido punto final que condena a todas y cada una de nuestras historias a terminar.

En el momento en que abriera los ojos, quizá la Raquel de mis sueños desaparecería, su cabello mágico ya no iluminaría la habitación, y sus ojos ya no serían capaces de mirarme, pero, quizá serían capaces de verse a sí misma de la forma en que yo la veía.

Tomé mis bocetos y los coloqué alrededor de su cuarto, también le escribí una carta, hablándole del tímido chico de lentes 3D que amaba dibujarla, aquel con el que solía hablar por horas en su café preferido, aquel al que le contaba sus sueños y anhelos mientras tomaba su latte con leche de almendras, y como conocía su color preferido e incluso como amaba tararear canciones de cuna cuando comía un trozo del pastel que más le gustaba.

Todo era perfecto, pero nada lo puede ser por mucho tiempo, algunos dicen que es simple mala suerte, yo diría que fue envidia del cielo, envidia porque alguien tan perfecta nos hubiese sido regalado.

Y así sin más, llegó el día que más me persigue en sueños, el día del que intentó escapar pero me persigue hasta en la ducha cuando se supone que cantas algo y te alejas del mundo, pero yo ya no podía hacerlo, no podía ser libre de aquella pesadilla hecha realidad.

En ese día en que un motorizado quizá por el destino, el universo, envidia como antes dije o simple coincidencia se cruzó en el camino de la hermosa Raquel, sumiéndola en un sueño profundo del que quizá nunca despertaría, y si despertaba quizá nunca me recordaría, así que, quería dejarle una parte de mí, aquella que deje impresa en mis dibujos.

"Querida Raquel:

Lamento el destino que te tocó, lamento que el cielo pueda ser tan egoísta, es difícil creer que cuando existe magia como la que tú me enseñaste, el universo y todo en el por pura envidia decida borrarle, pero tu magia es más poderosa, más fuerte y maravillosa, sé que podrás con esto, y cuando te despiertes, que estoy seguro lo harás, búscame en el lugar de tus sueños, aquel del que hablábamos hasta el cansancio, donde los árboles están en el cielo, y las nubes por debajo, allá donde los ríos caen desde las estrellas, y la luna canta con dulzura, búscame allí, tu extraño y querido amigo (de gafas 3D), Gabriel."

Quizá Raquel lo entendería, o quizá no, pero algo era seguro, una magia como la de ella, era imposible de extinguir.